

Roger Smith
Spanish F3333y, Dr. Florit
3/24/76

A

Tres autores hispanoamericanos: la naturaleza

En los cuentos de Quiroga, Rivera, y Alegría que hemos leído, la naturaleza desempeña papel principal. Se puede decir que en cada uno de ellos la naturaleza -- o, los animales que habitaⁿ ella, por lo menos -- es el "personaje" central. Son insólitos estos cuentos en que les falta protagonista humano. Aunque, con respecto a los cuentos particulares, hay personajes humanos que figuran en la narrativa de una manera muy importante, es la naturaleza alrededor de ^{la} que giran los sucesos de ella; es la naturaleza de que depende el desenlace de cada historia.

Horacio Quiroga, "Historia de dos cachorros de coatí y de dos cachorros de hombre"

Lo que destaca más de este cuento -- además de la atracción para niños que, me parecería, debe tener él -- es como el mundo animal y el humano son perfectamente intercambiables. Se caracterizan los niños -- los "cachorros de hombre" -- como "criaturas rubias," como si el color del pelo fuera la única diferencia entre ellos y los coatís. Y no son esencialmente diferentes las costumbres de éstos: demuestran capacidades que se suele atribuir únicamente a la raza humana. Sienten los coatís, tal como nosotros los humanos, la solicitud maternal, el cariño familiar, el dolor colectivo al morir uno de su familia. Lo mismo que las "criaturas" humanas son

capaces de bondad hacia uno de los coatís, por cuidar del entrapado, los coatís son bondadosos en reemplazar al coatí muerto por otro ~~substituto~~ *substituto*.

Hay un substrato de este cuento que se acentuará aun más en "El Desierto." Es el peligro siempre presente en el mundo natural: siempre nos amenazan peligros escondidos al momento más inesperado. Cualquier coatí afortunado puede hallar huevos de gallina; puede ser que gozará él aun de comida riquísima, si tiene la buena suerte de encontrarse con amos como los niños del cuento. Pero, desafortunadamente, siempre acompañan estos beneficios de la "civilización" unos menos agradables; también hay fusiles, trampas, víboras, y cosas por el estilo para atormentar ~~los~~ *los* a coatís. Y hay otros peligros iguales para amenazar ~~a~~ *a* cualquier otra especie, ya sea que es ella una animal o no.

Horacio Quiroga, "El Desierto"

Se Me ocurría como les gustaría a los niños este cuento y cuanto podrían ellos identificar *se* con los niños excepcionales de él y con la vida estimulante y exigente que pasan en el desierto aislado. Pero, a pesar de su encanto para niños, el cuento no resulta ser ilusorio. Los niños van a morir de hambre, somos dados a entender al fin de la historia, no a causa de nada que han hecho, ni por negligencia de la parte de su padre, sino por una pequeña inadvertencia (resulta, esencialmente, de no tener criada) que al ~~principio~~ *principio* no parece tener la menor consecuencia: la falta de barrer el patio. Por

todo esto, creo, Quiroga quiere señalar como caminamos en este mundo por una línea delgadísima entre la existencia y la inexistencia, quiere subrayar lo tan frágil que es la vida. Bajo este respecto, el hombre (o, por lo menos, el hombre que habita la selva) no es esencialmente diferente de las fieras con quienes la comparte: hay que guardarse antes de todo, y se puede aplicar esta ley a todas las especies. Hay momentos de cariño para el padre y sus hijos (y ¡con qué fidelidad entrañable pinta Quiroga los momentos de ^{afición} ~~afición~~ entre ellos!), momentos de felicidad compartida. Pero el mayor deber del padre es "educar," como ha de hacer cualquier animal, a su cría, enseñarles a sus hijos como sobrevivir en el mundo natural, como defenderse en medio de los peligros que los rodean. Subercasaux reconoce este deber, lo toma en serio, y lo descarga con fidelidad impresionante, hasta que lo deshacen circunstancias fuera de su poder. Esto, la lucha ^{por} ~~para~~ contante para la existencia, el peligro que representa para cada especie la naturaleza, es el tema central del cuento. En el mundo ^{quiroga} ~~quiroga~~, siempre están el elemento de la tragedia súbita e imprevisible además del elemento naturalístico o panteístico. Es natural para el hombre, como para cualquier especie, cuidar a sus hijos. Pero la naturaleza no cuida a nadie que no pueda guardarse. Y no ^h ~~h~~ará ningún milagro para salvar a los niños. En el mundo ^{quiroga} ~~quiroga~~, es la naturaleza que reina, no Dios.

José Eustasio Rivera, "La vorágine (Las tambochas)"

En la obra de Rivera, la naturaleza es como una clase de infierno. Con un lenguaje exaltado, evoca la selva. Pero es lo demoníaco de ella que destaca. Los caucheros se ponen a escapar de la "realidad," de su realidad horrible del tambo, al "cielo" o "más allá" del mundo civilizado, donde les esperaran a cada uno, según sus sueños, o una mujer "blanca y rubia," o un empleo bueno, o un casamiento propicio, o cualquier cumplimiento de sus proyectos queridos. Pero entre la realidad asfixiante del tambo y las maravillas deliciosas de la civilización está el "infierno" de la selva. A su servicio, dispuesto para guiarlos a la "tierra prometida," está el "rumbero," el viejo rumbero Don Clemente Silva, que les hará el oficio de "sacerdote," y lo consideran así. Como dirá Don Clemente, "¡Yo soy la esperanza!" (Y los caucheros responden, "¡Sí, sí, es preciso que viva para que nos salve!") Pero, a pesar del conocimiento de Don Clemente, hay la selva, una selva inmensa, amenazadora, que confunde sus buenas intenciones. Y no es la selva de la naturaleza indiferente que encontramos en Quiroga; es algo demoníaco, "vírgen" pero "sádica," "un ser sensible" parecido a "una boca que se engulle los hombres . . ." ". A veces (cuando, por ejemplo, los árboles parecen estar haciéndole gestos a Souza Machado), la selva parece tener, al menos según la mente de los hombres enloquecidos, su existencia propia. Y si, para Quiroga, lo único que puede salvarnos es el conocimiento íntimo de nuestros alrededores, la atención sagaz

a nuestro interés personal (porque nadie va a salvarnos), lo único, parece creer Rivera, de que podemos asirnos es la creencia, la creencia ciega (porque no hay esperanza realista de amparo, de salvación en la selva vasta). Es la creencia ciega que salva, o anima, por lo menos, al anciano rumbero cuando han muerto todos sus "acólitos" en la selva y se halla extraviándose por ella como un loco. Y es un "milago," la "repentina revelación" de ^{la} palmera de cananguche que se cree describir la trayectoria del sol, que lo salva a él. Si Quiroga rehusa adoptar de ninguna manera la fe para consolarse antes del poder destructivo de la naturaleza, Rivera parece estar sugiriendo que es ella nuestro único recurso. Pero no es una religiosidad ni fácil ni superficial que ofrece Rivera; tampoco es su visión poética de la naturaleza ⁿⁱ forzada ni inventada. No, crecen, al contrario, de la experiencia más hondamente experimentada e imaginada.

Ciro Alegría, "Perros tras el ganado"

"La vorágine" es una invocación lírica del poder demoníaco de la naturaleza. Es asimismo el lirismo que caracteriza este capítulo del libro "Los perros hambrientos," pero la naturaleza lleva un aspecto fundamentalmente diferente. Se ha suavizado, blandeado, dulcificado por las pinceladas poéticas del autor. Esto es un idilio ("Así son los idilios en la cordillera," nos dice el autor), un pastoral, donde es cuestión de eternizar lo campesino y rústico. Y; qué encanto singular tiene el estilo romántico del autor, lo que evoca

la naturaleza pura con tal lirismo! La vida andina sin duda es difícil y solitaria, y esto no se nos esconde por el relato. Pero, por medio de una alquimia estilística, la dureza de ella se va convirtiéndose ^{un} en patetismo agridulce. De modo que cada dificultad, cada estorbo de la vida de los pastores parece enoblecera. La "imponente y callada grandeza" de los Andes, "el vasto y profundo silencio de la cordillera": en vez de disminuir ~~a~~ a la Antuca, parecen infundirla con su profundidad. La naturaleza pura e incorrupta, podríamos decirlo, es para Alegría un paraíso terrestre.

Hay algo fundamentalmente americano en la postura -- sea ella una de respeto hacia la naturaleza, o sea una de reverencia o por su poder destructivo o por su grandeza enoblecedora -- de cada uno de estos escritores con respecto a la naturaleza indígena y al predominio de ella en las empresas humanas. Es interesante notar como lo autobiográfico se ha introducido en las obras sobredichas. Quiroga labró de hecho la tierra argentina, y Rivera ^{el} ~~el~~ mismo estuvo por entre los cauchales brasileños. Y lo indígena también se ha introducido muy efectivamente. Quiroga describe en detalle las características del yermo argentino y de los animales de él; Rivera nos enfrenta con lo que debían ^{haber sido} los cauchales y la selva ^{brasileña} ~~argentinos~~ y otros particulares horripilantes; Alegría nos da la vida pastoral de la región andina en toda su plenitud. Pero, tras lo autobiográfico e indígena, hay la presencia magistral de la naturaleza. Y es la naturaleza -- en vez de lo social, lo religioso, lo político -- que figura fundamentalmente en estas obras tan verdaderamente productos de la experiencia americana.